

Papel
que de-
sempeña
el médico
en el tra-
tamiento
de las en-
fermedades.

Nos resta sentar en esta última parte de la lección, una consecuencia lógica y forzosa de lo que en ella acabamos de consignar. Esta última parte se refiere al papel que desempeña el médico en el tratamiento de las enfermedades.

Si la fuerza vital, como queda probado, está muy lejos de ser infalible en sus procederes de curación, de ninguna manera debe el práctico confiar en absoluto en la *autocracia* de la naturaleza y no echarse siempre en sus brazos, que sería lo mismo que abrazar por sistema la medicina expectante. Sentado el principio clínico, de que el médico debe ser ya expectante, ya activo, según los mismos, deberá en su consecuencia obrar según cual fueren las espresadas circunstancias, en que se encuentren, esto es según cual fuere el carácter de la reacción vital, pues cada una de estas exige un modo especial de obrar.

En efecto, puesto que en la mayoría de casos de enfermedad la naturaleza se basta á sí misma para la curación, debe el médico ser expectante. En los opuestos, empero, debe el médico ser activo, y serlo de distintos modos en cuanto sean diversas las circunstancias. Ante todo debe dirigirse contra la causa mórbica y su efecto inmediato, ó sea la afección, siempre que dicha causa sea conocida y pueda atacarse; en los otros casos debe servirnos de norte el estado de las reacciones. Así, pues, cuando la reacción sea nula es necesario escitarla, aumentarla cuando es débil, disminuirla cuando es escesiva, regularizarla cuando es irregular y desordenada, llamarla á un sitio convenientemente cuando es errónea y respetarla cuando es moderada. Por fin, el médico no debe emprender curación alguna cuando de esta puede resultar al enfermo un mal mayor; y jamás debe olvidar aquella gran máxima de que el médico debe ser el intérprete, el ministro, el amigo de la naturaleza, pero nó su amo.

Terminaremos esta lección citando aquella sabia máxima del ilustre barón de Wanswieten que dice: «Qui castis veterum observationibus recentiorum inventa junxerit, is optima medicinae fundamenta injicerit.» Procuremos pues enlazar los conocimientos del hipocratismo con los modernos y cumpliremos con tan sabio y oportuno precepto.

LECCION VII.

Escuela organicista: su historia y esposicion, definicion del *organicismo*.

Historia
de la es-
cuela or-
ganicista.

En medicina el *organicismo* ó *materialismo* no representa una idea nueva, pues se remonta á los tiempos mas antiguos de la misma. Basta en efecto, hojear las páginas de su historia para convencerse de que el *organicismo* en medicina no es otra cosa que una emanacion de las doctrinas antiguas de la filosofía materialista representadas por Thales, Demócrito, Aristóteles, Epicuro, etc., las cuales dieron origen al solidismo y al humorismo: simbolizado aquel bajo distintos grados ó faces por el atomismo de Asclepiades, por el dicotomismo ó sea el *laxum et strictum* de Themison de Laodicéa, por el yatro-matematismo de Borelli, por el solidismo de Baglivi, y el anatomismo de Theófilo Borret; y este representado por el galenismo y el arabismo, por el alquimismo de Rhazes de Ali-Abbas y de Paracelso, y finalmente por la quimiatria de Silvio de Le-Boé.

Concretándonos, empero, al *organicismo* de nuestros dias, diremos que si bien su fundador y representante oficial, digámoslo así, es el célebre médico francés Mr. Rostan, á principios de este siglo, su origen se remonta á los últimos años del siglo xvii y á la aparicion en el mundo médico de la famosa obra de Theófilo Bonet, titulada *Sepulchretum anatomicum*, compilacion muy notable é interesante por el gran número de autopsias cadavéricas que contiene y por el entusiasmo que, como cosa nueva y

verdaderamente útil, escitaba esta clase de investigaciones mas ó menos prohibidas hasta entonces por la supersticion y el fanático respeto que se tenia á los cadáveres, trabas que felizmente se han logrado separar en beneficio de la ciencia y de la humanidad. Propúsose este ilustre médico revelar por medio del escalpelo, las causas ocultas de todas las enfermedades del cuerpo humano: *omnium humani corporis affectum*.

Esta obra inspiró, por decirlo así, al célebre Morgagni la *De sedibus et causis morborum per anatomem indagatis*. De la simple lectura de dicho título se deduce que dió un paso mas que su antecesor Bonet, toda vez que no se limitó, como éste, á la investigacion de las causas de las enfermedades, sino que la hizo estensiva al sitio de las mismas. Quede pues sentado que el origen del organicismo moderno en medicina arranca de las obras de Bonet y de Morgagni; si bien, como manifestaremos mas tarde, el ya citado Rostan fué el verdadero arquitecto de este sistema, fué quien, digámoslo así, lo dogmatizó.

Desde esta época, notable por cierto en los fastos de la medicina, se elevó la anatomía á una gran altura, hasta que llegó á ocupar el principal rango entre todos los ramos de las ciencias médicas. La revuelta y confusa mescolanza de las teorías humorales yatro-químicas, físicas y metafísicas que habian reinado á su vez desde la época del renacimiento de las letras, habia corrompido de tal manera el lenguaje médico é impreso á la medicina un carácter tal de desórden y anarquía, que todos los observadores se dirigieron instintivamente á la anatomía que iba dominando la situacion, esperando de ella una nueva era de órden y armonía que regularizase de nuevo la marcha de la medicina. A la manera, empero, que en los grandes conflictos sociales, en las sangrientas épocas de anarquía apelan los pueblos á un brazo de hierro que salve sus vidas é intereses, y este brazo de hierro, abusando de su poder, queda para en adelante convertido en dictador; de la misma manera la anatomía se convirtió en dictadora, sobre todo á fines del siglo xviii, y á pesar de que fuertes adalides sostenian aun con bríos la medicina hipocrática, sus obras, empero, fueron miradas al principio con desden y olvidadas mas tarde por los médicos, gracias á la impetuosa corriente del nuevo órden de ideas.

Preciso es, confesar sin embargo que la revolucion que aca-

baba de operarse en la filosofía desempeñó un importantísimo papel en la revolucion de las ideas médicas.

Oigamos, sino, lo que acerca de este particular dice el respetable médico francés Mr. Cayol. «En este mismo tiempo, dice, la medicina empezaba á resentirse de la influencia de la revolucion que acababa de operarse en la filosofía. En esta, causados tambien los ánimos de metafísica y escolasticismo, habian abrazado un extremo opuesto. Las doctrinas sensualistas de Lolke y de Condillac habian sido llevadas hasta á unas consecuencias que estos autores no habian, tal vez, previsto jamás: se habia deducido de ellas la posibilidad de explicar todos los fenómenos del universo, sin la intervencion de una causa primera inteligente. En su consecuencia, los mas grandes talentos de la época se habian asociado para reformar ó rehacer todas las ciencias, con la idea de materializarlas todas, y de presentar su cuadro completo en la *Enciclopedia*.»

«No debemos ocuparnos de los resultados, ni de todas las consecuencias de esta vasta empresa. Pero la tendencia general de los ánimos, en esta época, hácia un sistema de materialismo absoluto, es un hecho histórico de grande importancia para nosotros, con motivo de sus relaciones con la marcha ulterior de la medicina.»

«Se quiso pues encontrar, en la materia, la razon del movimiento y de la inteligencia; y toda la actividad intelectual fué dirigida á este objeto. Se adquirió la costumbre de no ver, ni observar mas que los hechos materiales; y el ánimo, engañado por los sentidos, terminó bien pronto por negar resueltamente todo lo que no caia bajo el dominio de estos. Esta certera negativa llegó á ser considerada como el *non plus ultra* de la sabiduría humana, y el carácter esencial de la *filosofía*; porque las palabras *filósofo* y *materialista* vinieron á ser casi sinónimas. Poco faltó para que se negase el movimiento, el espacio y el tiempo, por la sola razon de que no se podia verlos, ni tocarlos.»

«Fácil es concebir como, en esta disposicion de los ánimos, la anatomía, tan rica ya y tan preponderante, debió adquirir una importancia extraordinaria, y que no tardó en hacerse esclusiva. Fijáronse en ella todas las miradas, en la persuacion que se tenia de que el tejido de nuestros órganos contenia los secretos del pensamiento y de la vida, de la salud y de las enfermedades. A

medida que la abertura de cadáveres descubrieran tumores, reblandecimientos ú otros desórdenes palpables; se creía ver y palpar las enfermedades.»

Hemos dicho antes que Mr. Rostan es el fundador y representante de la escuela organicista, debiendo ahora añadir que no pudo, á pesar de sus esfuerzos y pretensiones, plantear una nueva doctrina, y sí solo modificar la de su antecesor Broussais, habiendo sustituido al nombre de medicina *fisiológica*, el de medicina *orgánica*, el cual indica claramente, que la principal base de su sistema es el conocimiento de la alteracion material de los órganos, y olvidó hasta cierto punto la parte funcional de los mismos cuya última parte establece la principal diferencia entre las doctrinas *fisiológica* y *orgánica*.

Definición del organicismo.

«Organicismo, dice Rostan, es una palabra que hemos introducido en el lenguaje médico para designar el sistema de filosofía médica que profesamos, y el cual consiste en considerar la organizacion como la causa principal de todos los *fenómenos vitales*, ya fisiológicos ya patológicos.» Este sistema hace depender del estado de los órganos, tanto la salud como la enfermedad; considera las propiedades vitales como efectos de la organizacion, no como sus causas, á la manera que lo hacia Bichat; ni tampoco como una fuerza ó un poder añadido á esta organizacion, segun lo creen la mayor parte de los fisiologistas.

El organicismo descansa, segun dice muy bien el erudito Mr. Eduardo Auber, sobre este pretendido hecho: «que la vida es el resultado y no la causa de la organizacion, que la sustancia organizada es á la vez materia y obrero, y, por lo tanto, que no es el hombre quien está enfermo, sino solamente uno ó muchos de sus órganos.»

Parte positiva de la escuela organicista.

Veamos ahora los principales artículos del *credo médico*, que profesan y estampan los organicistas, cual otros tantos aforismos ó principios de filosofía médica. Son los siguientes:

- 1.º «Para el médico no existen *en el hombre* mas que órganos y funciones.»
- 2.º «Las funciones no son otra cosa que órganos en ejercicio; no son sino efectos.»
- 3.º «Los órganos, en ciertas condiciones de forma, volúmen, consistencia, color, textura, composicion íntima, etc., están

constituidos en el estado normal, y ejercen funciones normales: *éste es el estado de salud.*»

4.° «Los órganos, en otras condiciones de forma, volúmen, consistencia, color, textura, composición, etc., están en el estado anormal, y ejercen funciones anormales: *éste es el estado de enfermedad*: órganos sanos dan por resultado funciones normales; órganos enfermos, funciones anormales. *He aquí la base de la medicina.*»

5.° «Pero los órganos pueden estar enfermos de muchos modos: la naturaleza de las enfermedades es muy variada: existen enfermedades *especiales* y enfermedades *específicas.*»

6.° «Los flúidos, que son ó efectos de órganos, ó elementos de órganos, pueden enfermar, ya primaria, ya secundaria-mente.»

7.° «Todos los órganos pueden enfermar primitivamente.»

8.° «En fin, la diferencia de las *fuerzas* en los individuos ha parecido que desempeña un papel de tanta importancia en las enfermedades, y que influye hasta tal punto en su terapéutica, que hemos creído deber formular para ella una proposición aparte.»

Dicha proposición está formulada en los siguientes términos: «Las *fuerzas* son tan diferentes en los diversos individuos, que deben imprimir á las enfermedades un carácter diferente, y á la terapéutica una dirección diferente también.»

«La vida no es mas que el resultado de la disposición de las moléculas... la vida no es otra cosa que la disposición orgánica necesaria al movimiento.»

De las bases ó principios de la medicina orgánica que acabamos de exponer, se deducen en el terreno de la práctica las dos consecuencias siguientes: 1.ª el objeto preferente del médico debe ser ocuparse principalmente de los órganos, estados locales, modificaciones moleculares, ya de los sólidos, ya de los líquidos, en una palabra, de toda la parte material química y mecánica de las enfermedades: 2.ª que toda enfermedad, ya sea simple, ya compuesta, ya complicada, debe combatirse con resolución y prontitud por medio de agentes capaces de remediar la lesión primitiva, causa esencial é incesante del estado morbozo diagnosticado anatómicamente.

Hé aquí los principales rasgos, en boceto si se quiere, del

organicismo representado por la escuela de Paris, en oposicion á la de Montpellier, representante del vitalismo; debiendo, sin embargo, hacer una aclaracion enlazada con un hecho histórico de importancia que tan oportunamente consigna el ya citado Mr. Auber en su opúsculo titulado: *Espíritu del vitalismo y del organicismo*, del cual resulta, que desde las respectivas fundaciones de las facultades médicas de Montpellier en 1220, y de la de Paris en 1270, se estudió, enseñó y practicó en ámbas la doctrina hipocrática, hasta que triunfó el sistema filosófico de Descartes, época en que dichas escuelas siguieron diferentes rumbos, siendo, por lo tanto, desde entónces distintas sus ideas, sus miras y sus doctrinas. La de Paris aceptó la reforma, que abrazaron en distintas escalas Bellini, Boerhaave, Hoffmann, y hasta el mismo Sthal; y la de Montpellier permaneció fiel al hipocratismo, que encontró siempre en ella un santuario y un noble refugio, como lo prueba la siguiente inserpcion que se lee en el frontis del salon de actos de la misma, en que hay el busto de Hipócrates con una corona de estrellas:

Olim Coos, nunc MontPELLIENSIS Hippocrates.

LECCION VIII.

Escuela organicista: juicio critico acerca de ella.

Si elevados á una cierta altura, echamos una mirada sobre los principios de la medicina orgánica, mirada, que por partir de muy alto, abrace el conjunto, sin entrar en detalles, se vendrá desde luego en conocimiento de que adolece de un defecto capital. Este consiste en haber arrebatado á la medicina precisamente su carácter esencial, aquel sin el cual no se concibe, esto es, el fenómeno de la *vida*; de modo que los organicistas intencionadamente ó sin pensar han convertido la medicina en ciencia *física*, siendo así que es esencialmente *fisiológica* ó *biológica*. ¿Qué importa que admitan el fenómeno de la vida, si le asignan el carácter de secundario? Tan absurdo y ridículo sería prescindir de la vida, ó hacerla figurar en segundo término, en medicina, como lo sería suprimir el movimiento, la extension y el peso de los cuerpos en física general; y la sociabilidad del hombre en las ciencias morales y políticas. Esto es una verdad de sentido comun que pertenece á la humanidad entera, y no á un solo hombre ni á un solo pueblo; y como tal verdad de sentido comun, lleva en sí misma la demostracion. Dígase en buena hora que las ciencias físicas, químicas exactas y naturales, comprendidas bajo el nombre comun de accesorias constituyen otros tantos elementos muy poderosos para los progresos de la medi-

cina; pero no se la despoje jamás del atributo que la caracteriza, la *vida*. En efecto, ¿no es, acaso, prescindir de la vida, hacer depender esta del movimiento de los órganos, cual si se tratase de unas máquinas de hilados y de tejidos que arrojan á millares las piezas de diversas telas; ó de otra de papel continuo que produce fabulosas contidades del mismo? ¿No es prescindir de la vida el afan de dar una exclusiva importancia á las lesiones cadavéricas para el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades precisamente en ocasion en que los órganos cuyas lesiones se busca, están privados de vida?

Nótese bien que decimos *importancia exclusiva*, y no simplemente importancia, puesto que ningun médico dotado de buen sentido puede negarse á admitir esta; pero lo que sí deploramos es que la anatomía haya llegado á sustituir á la medicina, y la observación del cadáver á la del hombre vivo y dotado de reaccion.

Prescindiendo, empero de estas consideraciones generales, pasaremos ya á sentar el juicio crítico de los detallados principios fundamentales de la escuela organicista.

Empezaremos por sentar, como incontrovertible, por ser hijo de los hechos, y por tanto de una repetida esperiencia, un principio diametralmente opuesto al que sientan los organicistas. El principio á que nos referimos es el siguiente: «Los mas simples rudimentos de ovología, ó sea de embriogénia, como dicen los naturalistas modernos, prueban que en el sér viviente existe ya la vida, antes de haber verdadera organizacion, es decir, organizacion que pueda percibirse por los medios exploratorios que conocemos en el día: esta vida y el consiguiente desarrollo orgánico son incomparablemente mas activos, cuanto mas ténue y delicada es la trama de los órganos; por cuya razon el crecimiento del cuerpo, que es asombroso en el estado de embrion y de feto, decrece considerablemente en la primera y segunda infancia, hasta desaparecer por completo en la edad adulta, de lo que se deduce la rigorosa consecuencia de que cuanto mas débil es, y menos resistencia ofrece la parte material del cuerpo, mas enérgica es la parte inmaterial ó dinámica ó sea la vida, pudiendo tambien deducirse de esta consecuencia, otra no menos cierta é interesante, cual es: *que la vida no es efecto de la organizacion.*» Este principio opone, segun fácilmente se echa de ver, un valioso argumento á las exageraciones de los organicistas.

Diremos, pues: 1.º No es exacto que para el médico no existen *en el hombre mas que órganos y funciones*; sino que existe además, y en primer término, *la vida que dió origen y desarrollo á aquellos*, y que es el móvil, ó como se diria en mecánica, el agente motor de los mismos.

En efecto, un gérmen recién fundado ofrece á la observacion una materia amorfa, sin el menor rudimento de textura; blasfema amorfo de Schwan que se llama hoy, y á pesar de eso, esta masa microscópica que crece desde dentro hácia fuera; al paso que en la cristalización los cuerpos crecen por juxtaposicion ó aumentan por simples adiciones de capas á su superficie externa no disfrutando por tanto de la actividad que caracteriza á los cuerpos dotados de vida. Hasta hoy no se conoce fuerza física ó química alguna que haya producido el sér orgánico mas simple. Si la afinidad y la cohesion son para el mineralogista y el químico, la ley, en virtud de la cual se reunen los elementos que forman los cuerpos inorgánicos, sin que lo sea de los orgánicos, segun queda probado; ¿por qué se ha de hacer oposicion á que el fisiólogo apele á otra ley; esto es, *la vida*? Si se rechaza esta como ley, como elemento primordial, y las leyes físicas y químicas son incapaces de esplicarnos la organizacion, resultaria el vacío, resultaria un absurdo, á saber, que la organizacion es un efecto sin causa. ¿Qué es otra cosa que la vida, el *nisus formativus* de los fisiólogos?

Hemos dicho que la vida es el móvil, ó como se diria en mecánica, el agente motor de los órganos. A la manera que una máquina no puede funcionar sin una causa que le imprima movimiento, tampoco pueden ponerse en actividad los órganos para desempeñar sus respectivas funciones sin una causa propulsiva especial, que no es otra que la vida. ¿Puede localizarse este en un órgano, en una parte determinada del cuerpo que obre independientemente de las demás partes? No por cierto, pues los órganos que forman el tripode de la vida, á saber, el corazon, cerebro y pulmones, necesitan estar íntimamente unidos en el desempeño de sus funciones para el sosten de la vida; pues el corazon no se contraeria sin la influencia nerviosa; ni el cerebro podria funcionar, sino recibiese sangre del corazon; ni los pulmones, por último, podrian desempeñar las funciones de la respiracion y sanguificacion, si no recibiesen influencia nerviosa, y

el corazón no contribuyera á mantener la sangre en circulacion. La vida, por tanto, reside en todas las partes del organismo; pues de otro modo ni se explicaria, ni se concebiria siquiera, la de los animales inferiores de la escala, ni la de los vegetales que no tienen cerebro, corazón ni pulmones.

2.º No hay inconveniente en admitir que las funciones no son otra cosa que órganos en ejercicio, partiendo del principio de que la vida es el agente que imprime el movimiento á dichos órganos; por lo tanto, no son aquellas meros efectos de los órganos en ejercicio, sino de la vida que mueve á estos.

3.º Es una verdad innegable, que los órganos, en ciertas condiciones de forma, volúmen, consistencia, color, textura y composicion íntima, están constituidos *muchas veces* en el estado normal, ejerciendo funciones normales, y constituyendo, por fin, el estado de salud. Eso, empero, no siempre se verifica, pues son varios los casos en que las autopsias cadavéricas mejor practicadas son completamente mudas, no pudiendo, por consecuencia, en los mismos, explicar ni la enfermedad ni la causa de la muerte por las lesiones de los órganos. Dígase sinó que lesiones anatómica-patológicas presenta el cadáver de un sugeto que ha sido víctima de una fuerte descarga eléctrica, de la inhalacion del ácido hidrociánico en estado de gas ó de la instilacion en la conjuntiva ocular de algunas gotas del mismo en estado líquido, ó de un tétanos y una angina de pecho esenciales? No podemos negar estos hechos, puesto que son hijos de una esperiencia verdadera y continuada, y en tanto es así, en cuanto esa falta de lesiones anatómicas ha sido tomada en consideracion por los escritores médicos al establecer la clasificacion de las enfermedades, basando en dicho carácter negativo, dos grupos ó clases de las mismas, á saber, *las fiebres esenciales ó primitivas y las neu-roses*.

Para solventar esta fuerte é incontestable objecion á la medicina orgánica, cuyos cimientos conmueve profundamente, los sectarios de esta escuela, viendo su doctrina amenazada de muerte por hechos irrecusables, y no estando por lo tanto en posesion de la verdad, pues en el caso de poseerla hubieran estado compactos; los sectarios de dicha escuela, repetimos, se dividieron en dos grupos, valiéndose cada uno de ellos de medios distintos, para salir en defensa de sus principios. Así es que uno

de esos grupos apeló á una sutileza metafísica, á un verdadero subterfugio que queda completamente destruido á la luz del sentido comun.

No pudiendo cerrar los ojos á la evidencia, y conociendo todo el peso de la objecion de que nos ocupamos dividió, desde los primeros tiempos, las enfermedades en dos grandes clases á saber: las *lesiones orgánicas* y las *lesiones puramente vitales*. Esta division como fácilmente se comprende, envuelve un contrasentido en los principios y lenguaje de la escuela orgánica. Y en efecto, ¿cómo se concibe que la vida, que segun esta escuela no es mas que un hecho resultante de la organizacion, pueda sufrir una lesion sin que la sufra la parte material del cuerpo, ó sea esta misma organizacion?

El otro grupo de organicistas, mas radical y consecuente con sus principios, niega la existencia de las *enfermedades puramente vitales* diciendo que no hay enfermedades sin una alteracion cualquiera en la textura del órgano enfermo; pero que estas alteraciones no caen siempre bajo la esfera de nuestros medios de investigacion *en el estado actual de la ciencia*; y que quizás vendrá dia en que, á beneficio de sus progresos y de la perfeccion y aumento de los medios de investigacion, terminaremos por reconocer y admitir lesiones orgánicas en los casos en donde hoy no podemos descubrirlas. La duda filosófica y las notables conquistas que va haciendo todos los dias el espíritu humano en los diversos ramos del saber, nos impiden rechazar de una manera absoluta y categórica esta suposicion; pero el buen criterio nos obliga contestar á la misma diciendo con Ganbuis: *Melius est sistere gradum, quam progredi per tenebras*. Vale mas detenerse que marchar en medio de la obscuridad. Hasta la misma Teurapéutica nos facilita poderosas armas para combatir *hoy dia y quizás para siempre* esta solucion de la escuela orgánica. En efecto, cuando á beneficio de un estimulante ó de un irritante volvemos á la vida á un sugeto acometido de un fuerte síncope, cuando calmamos y quitamos del todo un intenso dolor nervioso por medio del ópio, cuando curamos, por fin, mediante los antiespasmódicos, una convulsion esencial, ¿obran acaso estos medicamentos modificando la parte material del organismo? De ninguna manera: actuan tan solo sobre la parte dinámica ó vital del mismo.

4.º También es verdad, que los órganos en otras condiciones de forma, volúmen, consistencia, color, textura, composición, etc., se hallan en el estado anormal y ejercen funciones anormales, constituyendo el estado de enfermedad; pero otras veces existen dichas alteraciones, que léjos de estar enlazadas con las enfermedades, cuyo resultado ha sido la muerte, constituyen fenómenos que fueron ya meros productos de la agonía, ya de accidentes ó de enfermedades que sobrevinieron á la principal ó la complicaron, teniendo, por lo tanto, una completa independencia de la que produjo la muerte, pudiendo, por último, ser también ser fenómenos puramente cadavéricos. Por esto dijo muy bien el padre de la anatomía patológica, el ilustre Morgagni: «Es muy fácil en Medicina ser engañados por aquello mismo que tiene por objeto ilustrarnos.» Por igual razón Chomel nos encarga que seamos muy circunspectos en deducir consecuencias de los resultados de la autopsia, y Double se lamentaba de la excesiva importancia que se daba á la anatomía patológica, y por idéntico motivo, finalmente, decia Cruveilhier: «Todo cuanto se dice de la anatomía patológica como *ciencia aparte* de la medicina clínica, no puede aplicarse sino á las transformaciones orgánicas y á las degeneraciones.»

Oigamos lo que en un párrafo tan sentencioso como elegante dice acerca de este particular Varela Montes.... «Me he detenido en este punto porque la importancia fisiológica, la necesidad de la ideología de la ciencia, la de un severo y profundo exámen y razonamiento parecen desconocerse ya, ó á lo menos se ha rebajado su valor para no ver mas que lo que dice el cadáver, para no reconocer mas que lo que comprobó la autopsia, para querer, en fin, preguntar á los órganos muertos por la ausencia de la vida. Del silencio del sepulcro saldria la inspiracion de la verdad; la obscuridad de la tumba fuera la lumbrera de la ciencia; y la muerte siempre, al comenzar la carrera y al dar cima á su dilatado estudio, seria nuestro patrimonio. Pero la vida es la base de nuestros razonamientos: la fisiología, la antorcha de la ciencia, y su ameno y delicioso estudio nos eleva al conocimiento del hombre sano y enfermo. No olvidemos la anatomía patológica, pero no despreciemos la fisiología, la filosofía clínica y la observacion.»

Todo lo dicho nos indica de una manera muy clara lo pru-

dentes y reservados que debemos ser en dar valor y significacion á las lesiones que nos ponen de manifiesto las autopsias, las cuales constituyen la base principal de la medicina orgánica.

5.º Nada tenemos que oponer, insiguiendo, cual se supone, las ideas que hasta aquí hemos expuesto sobre la vida, al principio de los organicistas que dice que « los órganos pueden estar enfermos de muchos modos: » que « la naturaleza de las enfermedades es muy variada, y que existen enfermedades *especiales* y enfermedades *especificas*; » pues es un principio probado por los hechos.

6.º Tampoco creemos deber refutar el sexto principio que dice que « los fluidos, que son ó efectos de órganos, ó elementos de órganos, pueden enfermar ya primaria ya secundariamente. »

7.º De la misma manera no opinamos que pueda negarse, el que los órganos lleguen á enfermar *primitivamente*, si este adverbio se refiere á la cuestion de las lesiones *locales ó generales de la economía*; pero no puede admitirse *de una manera absoluta*, si hace referencia á la lesion *de la parte material de la economía ó á la inmaterial ó dinámica*; pues bajo este punto de vista tan solo puede concederse que se afectan primitivamente los órganos, cuando han obrado sobre ellos causas morbosas de naturaleza física ó química.

8.º No ofrece la menor duda que el diverso estado de las fuerzas ejerce una influencia muy notable en el carácter y terapéutica de las enfermedades. Basta recordar, en comprobacion de este aserto, lo que se dice en terapéutica general acerca de la indicacion vital.

« La vida, sientan finalmente los organicistas, no es mas que el resultado de la disposicion de las moléculas..... la vida no es otra cosa que la disposicion orgánica necesaria al movimiento. » Estas dos proposiciones quedan completamente destruidas con lo que digimos al empezar el juicio crítico del organicismo, refiriéndonos á los conocimientos de ovología; siendo, por otra parte, muy deleznable el argumento con que defienden dichas proposiciones los partidarios de la escuela de Rostan, á saber: que si no se comprueba dicha opinion, es porque nuestros medios de investigacion son aun demasiado imperfectos, y nuestros sentidos muy poco ejercitados. Mala, muy mala es, por punto general, una doctrina ó simplemente una argumentacion que se funda en su-

posiciones; decimos por punto general y no en absoluto, pues á nadie se oculta que uno de los mayores génios que ha poseido la Humanidad, el célebre Cristóbal Colon, hizo el admirable descubrimiento del nuevo mundo, fundado en una mera suposicion. A buen seguro que si la parte material del cuerpo constituyese el todo si fuese el principio y el fin, la causa y el efecto, la materia y el obrero, á buen seguro, repetimos, que cesaria inmediatamente la vida cuando algunas de las principales vísceras sufriesen una grande alteracion en su disposicion ó en su textura. Sin embargo, no es infrecuente que ocurra lo contrario, habiéndose observado varias veces que muchas lesiones considerables del corazon, de los pulmones y del cerebro tardan en producir la muerte.

Amigos por carácter y temperamento de la conciliacion y de las transacciones, justas y dignas se entiende, no podemos menos de terminar esta impugnacion de la escuela organicista con el siguiente y juicioso párrafo del Dr. E. Gintrac: «Cuanto mas se reflexiona, dice, mayor es la conviccion de que la vida no es simplemente un efecto, una consecuencia de la organizacion; que no está estrictamente subordinada á ella, aunque *necesariamente* unida. La vida es á la vez un principio y un resultado. *No hay vida sin trasmision previa, organizacion sin impulsión vital primera, vida manifiesta y propagada sin órganos.* Los organicistas y los vitalistas juntos tienen razon á su vez; pero colocándose bajo puntos de vista opuestos, los unos y los otros limitan el horizonte que debieran abrazar.

A pesar de la impugnacion que acabamos de hacer á los principios mas culminantes de la escuela organicista, y de las salvedades que deben introducirse en otros, expondremos franca y paladinamente las inmensas ventajas que ha reportado la medicina de la Escuela que nos ocupa, ventajas que no puede desconocer ningun médico observador, proporcionadas por la anatomía, base fundamental, si no exclusiva, de la medicina.

A impulsos de la doctrina de Rostan, ha adquirido un desarrollo extraordinario la anatomía patológica. La física y la química han tomado una parte muy activa y directa en el diagnóstico de las enfermedades, ejerciendo, por lo tanto, una influencia indirecta, y hasta directa, en la curacion de las mismas. Así vemos que ya la óptica, ya la acústica, ya los reactivos

químicos, son otras tantas antorchas que han difundido vivísimos rayos de luz, ilustrando el diagnóstico de muchas enfermedades. ¿Quién ignora los curiosos é interesantes datos que la percusion y la auscultacion han proporcionado á la semiótica, especialmente en las enfermedades de pecho? ¿Quién desconoce el gran interés del ácido azóico, empleado como reactivo para ensayar las orinas en una presunta nefritis albuminosa, de cuya existencia no dudamos ya á la vista de la gran cantidad de albúmina que de estas se precipita al simple contacto de aquel? ¿Quién no reconoce la inmensa utilidad de las modernas invenciones del *oftalmoscopio* el cual nos pone de manifiesto con la mayor claridad las lesiones que existen en la retina, de la misma manera que si las estudiásemos en el cadáver; del *laringoscopio* para inspeccionar el interior de la laringe; del *uretroscopio* y muchas para ver y tratar las estrecheces y otras lesiones de la uretra; del *endoscopio* para ver y observar iluminados los conductos y cavidades del cuerpo que comunican con el exterior, y del *esfigmógrafo* para reconocer las lesiones orgánicas del corazón? ¿Qué diremos finalmente de los estudios microscopios, que si bien dan á menudo resultados hijos tan solo de la imaginacion, prestan muchas veces noticias exactas, de útil aplicacion á la patología que de otra manera no podrian descubrirse?

Lo mismo puede afirmarse relativamente de la infinidad de medios de investigacion, que han inventado los modernos, siguiendo las inspiraciones de la Escuela organicista. No hablan menos en favor de la misma los brillantes resultados que obtenemos todos los dias del hierro y de sus diversos preparados, para la curacion de la clorosis y de la amenia. Rostan, pues, ha cumplido su mision, no tan vasta y absoluta como él pretende; pero ha colocado en el grandioso edificio de la medicina, una piedra que en vano tratará de destruir el transcurso de los siglos.

La escuela de Paris, pues, desprovista de exageraciones, es una escuela digna de mucho respeto.

LECCION IX.

Observacion clinica. — Condiciones fisicas é intelectuales necesarias para observar y raciocinar de un modo conveniente.

Un célebre médico napolitano, Baglivi, dijo con mucha oportunidad: *Tota medicina est in observatione*, dando á entender con estas palabras, no precisamente que deba tomarse al pié de la letra la idea que en las mismas se espresa, pues eso seria una exageracion ridícula, si no que la *observacion* es el mas poderoso elemento para el verdadero progreso de la medicina, pues si los médicos en lugar de inventar, ó abrazar, de una manera mas ó menos esclusiva, los diversos y numerosos sistemas que á su vez se han apoderado de la misma, no hubiesen abandonado la senda de la observacion; no cabe la menor duda que seria mas grande el caudal de conocimientos *verdaderos* y que no hubiéramos tenido que desandar tantas veces nuestro camino.

La observacion clínica que no vaya precedida de los conocimientos teóricos de medicina, seria estéril ó poco menos, porque desconociéndose la estructura de los órganos, su modo normal de funcionar, el de conservar este estado, sus alteraciones morbosas, y la manera de combatirlas, mal podria formarse un buen diagnóstico, ni menos, tomarse y cumplir bien una indicacion, objeto final de la medicina práctica.

Observacion clinica.

La observacion es una operacion esencialmente intelectual, en virtud de la que aplicamos á la vez los sentidos y las facultades

des intelectuales hácia un objeto para conocerlo con la mayor perfeccion posible. Aplíquese la observacion al estudio de la medicina práctica, y resultará la observacion clínica. La observacion es la atencion en su mas alto grado, cuando se dirigen sus conatos á la adquisicion de conocimientos complejos. «La primera base de toda ciencia, dice Gintrac, es la observacion de los hechos.» «Si la observacion ha sido el primer fundamento de la ciencia, todavia es el instrumento principal de sus progresos y la guia mas segura del práctico. Sus consejos deben ser invocados y atendidos.» Una prueba tan elocuente como incontestable de esta verdad es la medicina de observacion, representada por el inmortal Hipócrates, figura la mas venerable que se destaca en la Historia de la medicina; pues asi como todas las otras doctrinas y los sistemas que han regido en diversas épocas los destinos de esta, han brillado y desaparecido en seguida, cual fulgentes y pasajeros meteoros; la medicina hipocrática, al contrario, se ha presentado siempre cual astro magestuoso, perenne y brillante, que empañado ú oscurecido alguna que otra vez por la nebulosa atmósfera de un sistema, disipada ésta por los claros rayos de la verdad; ha aparecido de nuevo mas bello y luminoso que antes. El motivo es porque la medicina de observacion está basada en los hechos, y estos son constantes é indestructibles: tan solo la soñadora imaginacion del hombre los altera y desfigura.

Dotes necesarias para la observacion clinica.

Varias son las dotes que debe poseer, en el mayor grado de perfeccion posible, el que se dedica á la observacion clínica. Estas dotes se dividen en fisicas ó sensuales é intelectuales. Constituyen las primeras la salud y robustez del cuerpo, los sentidos fieles y espeditos, la firmeza y agilidad de las manos y una esquisita sensibilidad. Corresponden á las segundas la atencion, una percepcion pronta y exacta, una memoria feliz, una imaginacion viva y profunda, un juicio perspicaz y seguro, la tranquilidad de ánimo, la despreocupacion ó falta de prevencion, el espíritu de observacion, y por último el talento médico. Si estas son las dotes que deben adornar al facultativo, para que se dedique con fruto á la observacion clínica, las mismas son las que le han de hacer notable en el ejercicio de la medicina.

Dotes fisicas que se requieren para la observacion.

Es indudable que el facultativo, tanto el de las ciudades populosas como el de partido necesitan tener una salud á toda prueba para soportar los trabajos materiales de su profesion,

Salud y robustez del cuerpo. pues á mas de tener que visitar de dia y muchas veces de noche unos y otros, está sujeto el primero al penoso inconveniente de subir continuamente altas escaleras y el segundo de tener que ir á largas distancias montado y espuesto á todas las inclemencias del tiempo. No nos referimos empero á esta clase de robustez; sino á aquella que, aun cuando menos pronunciada, sea no obstante lo suficiente para que el médico pueda observar y raciocinar de un modo conveniente.

Es una cosa por demás sabida la íntima relacion que existe entre las partes física é intelectual del hombre, ya en estado de salud, ya en el de enfermedad. Alterado el organismo, se modifica generalmente mas ó menos la parte moral del enfermo resintiéndose, por lo tanto, del mal físico, en mayor ó menor escala, las facultades afectivas é intelectuales. Sentado este principio inconcuso é incuestionable, dedúcese la rigurosa consecuencia de que la falta de robustez y de salud, el ser esta valetudinaria, sobre todo cuando existen dolores mas ó menos vivos ó pertinaces, ú otros síntomas penosos que absorven la atencion del enfermo, son circunstancias que se oponen á la buena observacion y raciocinio, segun manifestaremos con mas estension al ocuparnos de la *tranquilidad de ánimo*, pues es muy fácil que se alteren la relacion y armonía que existen en estado de salud entre la sensibilidad general y la de los sentidos por una parte y las facultades intelectuales por otra. Para comprender perfectamente esta verdad, no hay mas que recordar la sensacion de bienestar y aptitud para el trabajo de que nos hallamos poseidos, cuando disfrutamos de perfecta salud y vice-versa.

A pesar de lo dicho, no falta quien pretenda que el médico valetudinario es mas apto para ejercer la profesion que el sano y robusto á cuyo objeto hizo un trabajo el célebre médico italiano Bernardino Ramazzini, idea que no es nueva, puesto que el gran filósofo Platon deseaba que el médico hubiese vivido desde su niñez entre muchos enfermos y padecido todas las enfermedades. A eso contestaremos, despues de dar las gracias al divino Platon por sus buenos deseos, en nombre de todos los médicos, habidos y por haber, que si bien sus ideas, lo mismo que las de Ramazzini, encierran un gran fondo de verdad y de filosofia trascendental, segun diríamos hoy; los inconvenientes sobrepujarian, no obstante, á las ventajas en el terreno práctico. En

efecto, si bien el médico que viviese rodeado de las indicadas circunstancias podria apreciar mejor las sensaciones que acusan los enfermos, y hasta compadeciéndolos mas, porque sabria por experiencia propia lo que sufren, y por lo tanto, se interesaria mas por ellos; siempre resultaria el grave inconveniente de que su estado valetudinario y el moral consecutivo anularian esos buenos deseos y sentimientos, le impedirian soportar las fatigas de la práctica, y dedicarse al estudio que nunca debe descuidar el médico en cuanto se lo permitan sus ocupaciones profesionales.

Lo que puede tener una verdadera utilidad práctica es, que un médico, especialmente si se trata de una notabilidad, padezca una afeccion, y escriba acerca de ella un tratado ó monografía. Si el gran médico inglés Sydenham no hubiese padecido de gota, quizás no hubiera escrito las bellas páginas que escribió acerca de la misma. Oigamos, en comprobacion de lo que acabamos de decir, como se espresa Trousseau al ocuparse de la gota. «Traducid, dice, á lo que se llama un lenguaje mas científico la obra del Hipócrates inglés, y os sorprenderéis y os admirareis de la descripcion que este grande hombre nos ha hecho de la gota, de lo poco que ha dejado por hacer. Atormentado él mismo durante muchos años por los dolores de una gota franca, no ha hablado mas que de la gota normal, aguda ó crónica, pero lo ha hecho magistralmente; no pudiéndose casi añadir cosa alguno á lo que de ella ha dejado dicho.»

Nótese que Sydenham escribió su Tratado de la gota en 1683 y que Trousseau habla en 1861, es decir, casi dos siglos despues. En virtud de lo que dejamos espresado creemos casi supérfluo encarecer la utilidad de que el médico se procure y conserve por todos los medios posibles un buen estado de salud y robustez, medios que encontrará en una buena higiene, si bien nunca exagerada, pues esta misma exageracion es el mas poderoso enemigo de la salud y robustez del cuerpo.

Sentidos
fieles y
expeditos.

Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu, dijo Aristóteles, habiendo despues añadido Leibnitz: *nisi intellectus ipse*. Este sabio principio, lema de la escuela sensualista, representada por Condillac, además de manifestarnos la alta importancia de los sentidos en la observacion, nos indica que el buen orden exige que se empiece por ellos el exámen que nos proponemos hacer de las ya referidas dotes.

Los sentidos, esos emisarios del alma, esas puertas que franquean el paso á las impresiones, su trasmision al alma, se elevan á la categoría de sensaciones, deben ser, segun hemos dicho, *fieles y espeditos*: esto es, que reunan las dos condiciones de buena organizacion y esquisita sensibilidad: aquella la recibimos al nacer, esta nos la proporciona la educacion basada en la atencion y el hábito. De esto, sin embargo, no es lógico deducir, que el médico, que tenga algun sentido poco desarrollado ó poco sensible, esté incapacitado para la observacion; pues sabemos que estos se suplen mutuamente, aumentándose la sensibilidad de uno á espensas de la de otro, como vemos diariamente suceder en los ciegos, quienes tienen el órgano del tacto tan sensible, que distinguen en los cuerpos cualidades tangibles que no pueden apreciar los que no sienten el peso de tamaña desgracia. Es indudable, no obstante, que el médico sordo se ve privado del gran recurso de la auscultacion.

Admitiremos los cinco sentidos que de tiempo inmemorial vienen admitiéndose, á saber: vista, oido, gusto, olfato y tacto; evitando los extremos de los que han pretendido reducirlos á uno, y de los que han querido extenderlos á seis. Aquellos no admiten mas que el tacto: estos añaden otro, el *genésico*, ó sea el deseo de la propagacion de la especie. Unos y otros, á nuestro modo de ver, se equivocan. Si bien todos los sentidos reciben una impresion especial que deben pasar al cerebro por los conductores nerviosos, para que se verifique la sensacion, y esta es un verdadero contacto de diferentes agentes ponderables ó imponderables con el aparato físico y vital de los sentidos; sin embargo, es tan distinto el mecanismo de accion de todos ellos, que no se puede menos de admitir el número de cinco, aunque reconozcamos en todos el fenómeno fundamental del contacto. Y en verdad, ¿puede compararse ó asimilarse la impresion verificada en la retina por las cualidades visibles de los cuerpos mediante la accion de la luz, á la que producen en el nervio acústico las cualidades sonoras por medio de las vibraciones del aire que choçan en la membrana del tambor, y así de los demás sentidos respectivamente? De ninguna manera.

Tocante á los que admiten un sexto sentido ó sea el genésico, solo harémos notar, que no verifica respecto del cerebro el oficio que los verdaderos sentidos desempeñan. Además, confunden una

sensacion interna que vela por la conservacion de la especie, como el hambre y la sed por la del individuo, con un sentido que deberia corresponder á la vida de relacion, caso de serlo. Es muy fácil comprender lo mucho que sirve al que se dedica á la observacion clinica el fácil y expedito uso de los sentidos, ya para establecer un diagnóstico acertado, ya para conocer perfectamente las cualidades físicas y químicas de los diversos agentes terapéuticos que se emplea, ya finalmente para practicar la observacion y esperimentos con escrupulosidad, y deducir consecuencias lógicas y precisas, lo que constituye una experiencia fiel y verdadera. Veamos en prueba de eso un hecho que refiere Mr. Bouillaud. Este distinguido práctico, hallándose en consulta para una afeccion del corazon con otros dos colegas, reconoció de un modo incontestable una prominencia en la region precordial. Uno de ellos aprobó la opinion de Mr. Bouillaud; pero el otro no supo disimular su admiracion, viendo á sus compañeros reconocer una prominencia donde él creia ver á primera vista una depresion. Este, pues, no tenia tan bien educado el órgano de la vista como aquellos toda vez que la prominencia realmente existia.

Mediante los sentidos, ponemos en práctica once métodos de diagnóstico, cuales son: la inspeccion, medicion, palpacion, depresion, fluctuacion, succusion, tactacion, percusion, auscultacion, olfacion y gustacion, y hay ciertos instrumentos que suplen mas ó menos ventajosamente la insuficiencia de aquellos: así es que un reloj de segundos, el termómetro, medidas de estension ó de peso, el microscopio, los reactivos químicos, los estiletos, las sondas, el especulum, el plexímetro, el estetoscopio, el oftalmoscopio, laringoscopio, estomatoscopio, uretroscopio, endoscopio, esfigmógrafo, químicos, etc., reactivos prestan incalculables servicios al observador.

Firmeza y agilidad de las manos. Es por demás sabido que el emblema vulgar de la cirujía es un ojo abierto en medio de la mano, emblema que se ofrece á la vista del alumno desde el primer dia que pisa los umbrales de nuestra facultad de medicina y se fija en las cuatro tribunas del precioso anfiteatro de la misma.

Desde el momento debemos consignar una verdad muy palmaria cual es la de que la firmeza y agilidad de las manos es de una importancia inmensamente mayor en cirujía y obstetricia que en medicina propiamente dicho. Por eso dijeron ya los mé-

dicos de la antigüedad, Hipócrates y Celso, y han venido repitiendo sus sucesores que el cirujano debe ser ambidextro. El adagio vulgar de que el cirujano ha de ser jóven, el médico viejo y el farmacéutico rico apoyan en primera parte la idea de que el cirujano ha de tener las manos ágiles y firmes. En efecto: el que no reuniese estas dos condiciones, seria mal cirujano y peor oculista, desde el momento en que tratase de practicar una operacion delicada.

Dejando aparte las útiles y largas reflexiones á que daria lugar esta dote física en el campo de la cirugía, nos limitaremos, por ser mas propio de nuestro objeto, á hacer algunas con referencia al de la clínica médica.

El médico que tuviese las manos, y principalmente los pulpejos de los dedos duros y callosos, como los que se dedican á las faenas del campo, percibiria con dificultad, ó dejaria quizás de percibir del todo una fluctuacion profunda que en circunstancias opuestas observaria pronto y bien. El que para verificar la palpacion de las paredes del vientre, por ejemplo, en lugar de tocarlas y deprimirlas con suavidad, las apretase con violencia y las estrujase ó magullase, digámoslo así, no solamente no lograria su objeto de averiguar si existe quizás un tumor ó cierta clase de dolor en algun punto de la caridad abdominal, sino que tambien produciria artificialmente dolores mas ó menos vivos al paciente, y la contraccion de los músculos abdominales, circunstancia que con tanto esmero debe evitarse al practicar reconocimientos en dicha region. Es muy sabido que cuando se trata de distinguir un dolor inflamatorio de otro nervioso se apela comunmente á la piedra de toque de la presion; pero para que esta lo sea, hay necesidad de ejercerla metódicamente, esto es, con la mano aplicada de plano y con suavidad. En efecto: por regla general, pero no absoluta, al par que aumenta el dolor cuando es inflamatorio, disminuye ó cesa cuando es nervioso. Esta es la oportunidad de advertir que sucede todo lo contrario cuando se trata de un foco ó centro de dolor en una neuralgia, pues en estos casos la presion hecha con el pulpejo del dedo la despierta. Insistimos en este punto, porque hemos visto muchas veces aplicar las manos en sentido vertical, ó sea los pulpejos de los dedos y con cierta fuerza á las paredes abdominales, y producir dolores que no existian cuando era metódica la presion.

Lo mismo debe tenerse presente cuando se verifica el tacto vaginal ó el rectal ú otro análogo, que siempre debe verificarse con suavidad y sin comprimir, ni estrujar las partes que se tacta ni las de sus inmediaciones. Otro tanto debe decirse cuando se verifica la percusion en cualquier region del cuerpo, no debiendo jamás olvidar que debe practicarse con igual fuerza en las partes colaterales ó simétricas entre sí, pues de lo contrario, refiriéndonos por ejemplo al pecho, podria resultar una diferencia de sonoridad ficticia, estando los pulmones completamente sanos. Prescindimos como debe suponerse de la obscuridad que se percibe relativamente en la region del corazon.

Que la destreza y agilidad de las manos es muchas veces un don de la naturaleza no hay que dudarlo. Buen ejemplo son de esta verdad los trabajos manuales ingeniosos y delicados que verifican ciertos sugetos que son unas medianías en los de otra clase. Si á esta disposicion natural se agrega una buena educacion y el ejercicio continuado, se obtiene la mayor perfeccion posible. Díganlo, sino, los famosos prestidigitadores que nos admiran por la precision y ligereza con que verifican sus juegos.

Atendida la alta importancia de la destreza y agilidad de las manos en la medicina práctica debe naturalmente esmerarse el facultativo en evitar todas las causas que pueden oponerse á su desarrollo, ó destruirlas cuando existan. En su consecuencia no debe dedicarse á trabajos manuales rudos y continuados que puedan encallecer sus manos ni manejar substancias irritantes y astringentes que puedan dar el mismo resultado. Procurará sobre todo no abusar de los licores espirituosos y hasta de las bebidas calientes, por el inconveniente que tienen, especialmente los primeros, de producir la debilidad y temblor de las manos.

Al ocuparse el Dr. Janer en sus preliminares clínicos, de las causas que dan lugar al temblor de las manos dice lo siguiente que creemos digno de ser trasladado textualmente, por la sábia reforma que se operó. Dice así: «Por esta razon dice Frank que quitó la costumbre que encontró en el hospital de Pavia y por la que los alumnos de cirujía estaban obligados á hacer diariamente las fricciones con el unguento mercurial á los enfermos de lue venérea, debiendo, tanto el continuo esfuerzo de los brazos como particularmente la accion conocida de mercurio, producir en di-

chos alumnos el temblor de las manos, tan pernicioso para el cargo á que estaban destinados. »

Concluiremos por manifestar, relativamente á las manos que, de ninguna manera debe el facultativo seguir la moda ridícula que domina hoy dia en el mundo que se llama elegante, de llevar las uñas muy largas pues esto le impediría verificar diversos tactos y palpaciones con utilidad, sin lastimar á los enfermos, y especialmente á los del bello sexo en los reconocimientos de sus órganos genitales que tan á menudo deben practicarse. Tambien tiene sus inconvenientes, aunque menores, el tenerlas demasiado cortas y que no vengan al nivel del pulpejo de los dedos, pues de este modo no podría asirse algun cuerpo sobre todo pequeño. Nótese que ya Hipócrates consignó este precepto acerca de las uñas. Tampoco es regular ni nada fino que el facultativo que fuma mucho, presente los pulpejos de los dedos sucios y que despiden mal olor.

Sensibilidad esquisita.

Si el apoplético que yace tendido en su cama como una masa de plomo, ignora completamente lo que pasa á su alrededor por estar privado de la sensibilidad general y de la particular de los sentidos, deduciremos que la sensibilidad mas esquisita, no pasando á ser morbosa, como se supone, es una de las circunstancias principales para observar bien, haciéndose cargo el facultativo de todo lo que de sí arroja el enfermo, y de todo lo que le rodea. Si la sensibilidad, fuese obtusa ó poco desarrollada tendrán lugar las impresiones de una manera incompleta, incompleta seria tambien su trasmision al cerebro por los nervios de sensibilidad, siéndolo por lo mismo en su consecuencia las sensaciones que se desarrollan en la masa encefálica, así como lo seria por igual incompleta la formacion de las ideas. Puesto que la sensibilidad es el gran elemento de la vida de relacion, y que el médico sin esta circunstancia no podría observar, dicho está que sin la misma seria imposible el ejercicio de la medicina, y que por lo tanto cuanto mas esquisita sea aquella, mas completo y acabado será dicho ejercicio. Procure pues el facultativo evitar todas aquellas causas ya físicas, ya morales que puedan disminuir ó pervertir su sensibilidad de una manera mas ó menos directa, procurando ejercitarla con moderacion. Uno de los mejores medios de perfeccionarlo, consiste en evitar, empero, la exageracion en dicho ejercicio, esta la debilitaria mas ó menos tarde.

LECCION X.

Condiciones intelectuales necesarias para la observacion.

Segun dijimos al principio de la leccion anterior las dotes intelectuales que se requiere para la observacion clínica, son las siguientes: *atencion, percepcion pronta y exacta, memoria feliz, imaginacion viva y profunda, juicio perspicaz y seguro, tranquilidad de ánimo, despreocupacion ó falta de prevencion, talento médico y espíritu de observacion.*

Atencion.

Esta preciosa funcion intelectual es la primera de las que necesita el observador, por ser la mas indispensable para la perfecta educacion de los sentidos, la que está mas ligada á ellos, la que representa, por decirlo así, la transicion de las dotes sensuales á las intelectuales, la que forma por último el eslabon de la cadena, que une aquellas con estas. La atencion, como dice muy bien el Dr. Foix en sus *Apuntes sobre la terapéutica general*, puede definirse «el esfuerzo que hace el ánimo ó espíritu para embeberse de todas las cualidades y circunstancias de uno ó mas objetos.» Desentrañando mas este punto el Dr. Janer en sus *Preliminares clínicos*, llenos de erudicion y de citas dice lo siguiente: «La atencion, fijando particularmente el entendimiento sobre uno ó mas objetos por un espacio de tiempo mas ó menos largo, y la reflexion, haciéndoselos considerar y examinar una y mas veces, son causa de que el entendimiento juzgue los objetos en todas

sus partes, advierta todas sus relaciones y semejanzas, los compare exactamente entre sí, los mida con los demás objetos semejantes ó desemejantes, los apure y desentrañe, vea todas sus diferencias, y saque de ellos las consecuencias y resultados que sean útiles para el exacto conocimiento de la verdad y la mejor práctica del arte. La atencion y la reflexion reconcentran, acrecientan y perfeccionan todas las facultades y fuerzas del entendimiento, que así acumuladas y dispuestas concurren mas enérgica y seguramente á la produccion de los actos mas sublimes de la inteligencia. » La atencion puede llegar á tal estremo que se convierta en arrobamiento ó éxtasis. Tal sucedió al famoso y malogrado Arquímedes, quien haciendo una demostracion matemática en la plaza de Siracusa, en el momento que á sangre y fuego se apoderaban de ella los romanos, tan absorto y como arrobado estaba en su demostracion, que fué degollado en el mismo sitio, sin apercibirse siquiera de los horrores del combate. Lo mismo puede decirse de Sócrates, que en una profunda meditacion, permaneció inmóvil en un mismo sitio por espacio de 24 horas, expuesto á los rayos de un sol ardiente.

La atencion de un buen observador debe ser sostenida y enérgica, porque como dice muy bien el Dr. Jules Guerin en su *Tratado de la observacion en medicina*: «La verdad, semejante á aquellas estrellas que es preciso mirar mucho tiempo para descubrirlas, casi nunca se aprecia al primer golpe de vista. » El observador debe por consiguiente estar dotado de una gran paciencia, y las mas de las veces necesita una prudencia extrema. Con el ejercicio adquiere destreza y habilidad, ó lo que generalmente se dice, buen tacto. La atencion, lo mismo que la memoria, se aumenta cultivándola. Debe, por lo tanto, evitarse cuidadosamente todo aquello que pueda alterarla ó debilitarla, como por ejemplo, los extravíos y exageraciones de una imaginacion volcánica, las vehementes pasiones de ánimo, la destemplanza, los dolores físicos y los morales, el bullicio, el ruido, todos los escitantes demasiado enérgicos de los sentidos en general, la multiplicidad de negocios y ocupaciones, el tomar parte activa en las discusiones y asuntos políticos, así como en empresas financieras de grande importancia y sobre todo la aficion desmedida al juego; pues fácilmente se concibe que semejantes circunstancias pueden convertirse en un poderoso revulsivo, que distraiga la

atencion del médico hácia otros objetos que no sean sus enfermos. Tambien debilitan la atencion la fatiga del cuerpo y el sueño, motivo por el cual el padre de la medicina consigna entre sus sabios preceptos, que se visite con preferencia á los enfermos por la mañana que por la tarde, pues decia, que entonces se halla el médico en mejores condiciones para observarles bien, y ellos mas dispuestos para contestarle. Favorecen por el contrario la atencion : el interés que se toma el médico por los enfermos y por los adelantos de la ciencia, el silencio, el retiro, la quietud, la tranquilidad de ánimo, etc. El célebre Virey espresó una gran verdad cuando dijo que : el jóven atolondrado, hablador, demasiado distraido y de una viveza y sensibilidad toda exterior, debe tener menos potencia y sentimiento interno que el jóven mas recogido y meditabundo que aun parece apático exteriormente. Por esto Pitágoras, sigue diciendo, que en la educacion intelectual y moral que establecia entre sus discípulos, ordenaba un silencio absoluto, un recogimiento de muchos años á los jóvenes, para que se llenasen de saber antes de vaciarse por la parladuría, prescribiéndoles tambien un régimen de templanza con el estudio y la meditacion solitaria.» ; Qué tiempos tan distintos los nuestros ! Nada mas propio para manifestar la suma importancia de la atencion que la elegante frase de Balmes cuando dice : « Con la atencion notamos las preciosidades y las recojemos ; con la distraccion, dejamos tal vez caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí. »

Terminaremos este punto copiando un pasaje de los *Preliminares clinicos* del ya citado Dr. Janer : « La falta de atencion y de reflexion, suele conducir á dos extremos enteramente contrarios. O se peca por sobrada credulidad, no dudando apenas de nada, recibiendo con poco ó ningun exámen todas las máximas y doctrinas, creyendo fácilmente á los autores que nos refieren sus observaciones y dejando de hacer las consideraciones y racionios convenientes antes de admitirlas, como si nos avergonzáramos de dudar é ignorar ; ó al contrario, se incurre en una incredulidad no menos perjudicial, dudando de todo, desechando las doctrinas mas ciertas y las observaciones mas seguras, y dejando tambien de racionar segun conviene ántes de desecharlas, como si quisiésemos manifestar que estamos bien libres de la credulidad popular y que no queremos ser confundidos con el

vulgo. Así en medicina se han admitido ó desechado de un modo extremo el influjo de los cuerpos celestes, las crisis y los días críticos, el contagio de la tisis y de otras enfermedades, la virtud de muchos medicamentos, etc., por falta de un atento, des preocupado y juicioso exámen.»

Hemos trasladado íntegro este pasaje por dos importantes razones: primera, porque encierra por desgracia una gran verdad práctica; segunda, para que fijando en él su atención los alumnos y hasta los profesores, puedan evitar el escollo que en el mismo se pone de manifiesto.

Percepción pronta y exacta.

La percepción es un acto peculiar del entendimiento, en virtud de la cual las impresiones recibidas por los sentidos, y que transmitidas al cerebro por los nervios de sensibilidad, se elevan á la categoría de sensación, se convierten en otras tantas imágenes de los objetos que las produjeron, y de ahí la formación de las ideas. Puede decirse que las impresiones son á los sentidos, lo que la percepción es al cerebro, y que por lo tanto, así como los sentidos fieles y espeditos reciben la acción de los estímulos exteriores con la mayor exactitud posible, así también siendo la percepción pronta y exacta, prontas, fieles y exactas deberán ser las ideas resultantes. Cuanto mas completa sea la percepción, mas precisa será la imagen ó fotografía del objeto exterior que se pinta ó graba en el cerebro.

De lo dicho se infiere con la mayor facilidad, que las ideas serán tanto mas claras, precisas, exactas y fieles, en cuanto sea mas exacta la percepción, y como no puede darse un paso acertado en el ejercicio de la medicina, si las ideas del profesor acerca de las enfermedades, no tienen las condiciones que dejamos expresadas — en cuanto lo permita el estado de la ciencia como se supone — de ahí la inmensa utilidad de que el facultativo esté dotado de una percepción exacta y viva.

Debe decirse de la percepción, lo que se ha dicho de la atención, si bien aquella es una cualidad con que la naturaleza favorece en mayor ó menor escala á ciertos individuos, al paso que se lo niega á otros, no hay la menor duda que el ejercicio metódico y continuado de la misma la aumenta y perfecciona de un modo notable. Compárese, en efecto, supuesto igual grado de desarrollo de percepción al labriego con el hombre científico y se verá la inmensa diferencia entre el grado de desarrollo de su

facultad perceptiva. Concretando mas la cuestion y refiriéndonos á dos hombres de ciencia, se notará la mayor rapidez con que abarca las cuestiones complexas el mas ejercitado en aquellos estudios. ¡Cuán frecuentemente se observa esta diferencia en el ejercicio de la medicina!

Las ideas médicas exactas y precisas solo se adquieren con los continuados trabajos de bufete, y con los mas interesantes todavía de una buena observacion y esperiencia á la cabecera del enfermo, pues sin estos requisitos es muy fácil que dichas ideas sean obscuras, confusas, falsas, y lo que es peor, fatales á la humanidad. Figurémonos un médico de ideas extremas, radicales y absolutas, y que en su consecuencia se echa en brazos de un sistema, que sangra en todas las enfermedades, ú otro que no sangra jamás, ó un tercero que tiene horror á los vomitivos y purgantes, á aquel que no sabe usar otros medios que estos, á éste que es constantemente activo, al de mas allá que es constantemente espectante. ¡Qué mayor azote podria caer sobre la humanidad que una pléyada de pseudo-médicos que profesasen ideas tan devastadoras! Un médico de exacta percepcion comprende desde luego que la pretendida uniformidad de tratamientos en todas las enfermedades es un delirio el mas espantoso.

Memoria
feliz.

La memoria, esa preciosa facultad intelectual que conserva y reproduce las ideas y conocimientos que hemos adquirido, es tanto mas útil al médico, en cuanto es ella mas feliz y sostenida lo mismo si se trata del médico teórico ó de bufete que del que se dedica á la práctica.

Por medio de una memoria feliz se hace un grande acopio de conocimientos que constituyen un vasto almacen ó depósito de materiales para ser elaborados y digeridos por las demás potencias, del alma. Ved ahí la piedra fundamental de la erudicion médica si la acompaña la aficion al estudio; ved ahí al médico, al jurisconsulto, al filósofo eruditos, ved ahí al que el vulgo llama tan gráficamente un *pozo de ciencia*. Si bien una memoria feliz parece tener mas íntimas relaciones con los estudios teóricos que con los prácticos, tiene, sin embargo, una inmensa utilidad en este último terreno, ya porque el práctico muy erudito —hablamos de la erudicion *bien aprovechada*—es mejor que el que lo es poco por la sencilla razon de que posee mas conocimientos y está en-

terado de los casos mas ó menos raros que registra la historia del arte, pudiendo hacer aplicacion de ellos al que quizás tiene á la vista ; ya porque en el terreno puramente práctico , recordando los datos clínicos que ha observado durante su larga práctica, establece analogías ó diferencias entre los mismos , pronostica con mas acierto y establece finalmente los planes de curacion mas adecuados.

Creemos inútil insistir en la utilidad de la funcion intelectual que nos ocupa, por ser demasiado óbvia, y terminaremos recordando la máxima de que la memoria se aumenta cultivándola: *memoria excolendo augetur.*

Imagina-
cion viva
y profun-
da.

La imaginacion es aquel acto intelectual que le representa las imágenes de las cosas, que los reúne y separa con una multiplicidad y variedad asombrosas, y que hasta llega á crear entes ficticios, como á menudo observamos en los poetas y escritores románticos. Tanto es así, en cuanto otra de las definiciones de la *imaginacion* que se lee en el diccionario de la lengua es la siguiente: «Aprehension falsa ó juicio y discurso de alguna cosa que no hay en realidad ó no tiene fundamento.» Creemos inútil advertir que tan útil como es la imaginacion en el buen sentido de la palabra será perjudicial cuando sin límites conocidos se pierda en confusas abstracciones.

Bien puede asegurarse que la imaginacion en un médico es un arma de dos filos y que por consiguiente puede producir buenos y malos resultados. Si es bien dirigida representa el genio de invencion ó creador, es el talento que abarcando de una mirada los diferentes objetos y productos que nacen y se conservan en el campo de la ciencia enlaza unos con otros , separa estos de aquellos , fija á cada uno el sitio que respectivamente debe ocupar , desecha lo supérfluo , recoge todo lo que es útil y lo armoniza y procediendo de esta manera inventa una teoría, un sistema, un cuerpo de doctrina, que quizás explique y relacione hechos y fenómenos incomprensibles hasta entonces y que tal vez se creían opuestos. No hay por cierto en medicina un solo sistema digno de llamar la atencion y digno de ser discutido , cuyo autor no haya sido un médico de grandes recursos y de brillante imaginacion. Digalo, sino Broussais , á quien por estar dotado de estas cualidades , apellida la Francia médica el «Mirabeau de la medicina.» Nos apresuramos á decir que por muy alto que